

como también someterle por cierto tiempo á algunas privaciones, á fin de libertarte para siempre de una enfermedad tan incómoda y tan dolorosa, cuyo retorno rompería el hilo de tus negocios y de tus placeres; pero aunque todo esto es conforme con el buen sentido y la razón, temo mucho que apenas restablecido, vuelvas á ver tu salud con negligencia, y á no observar ningún método para conservarla, sino que siguiendo las huellas de las gentes de tu edad, consideres como imposible una recaída. Con todo, si no quieres ser prudente por amor á ti, te ruego que lo seas á mi intención, y que observes exactamente las prescripciones presentes y futuras del doctor Hugo.

Hannóver, á donde calculo que ya habrás llegado, es ahora el centro de las negociaciones extranjeras, y existen allí ministros de casi todas las cortes de Europa, de modo que tienes una bella oportunidad para desplegar modestamente en la conversación tus conocimientos sobre las materias que se debaten. El gran punto pienso que es la elección del rey de los romanos; y aunque temo que no se verifique, deseo lo contrario por dos razones: primera, porque creo que esta elección podría impedir una guerra á la muerte del emperador actual, que, aunque joven y robusto puede morir, como vemos sucede á las personas buenas y sanas; la otra es la misma razón que hace que algunas potencias se opongan y que otras se disgusten con las que no se oponen abiertamente; quiero decir, que esta elección podrá hacer hereditaria la dignidad imperial en la casa de Austria, cosa que deseo con todo mi corazón, como también un incremento de su poder en el imperio: hasta que esto no sea así, la Alemania nunca podrá competir con la Francia. En nada manifestó tanto su habilidad el cardenal de Richelieu como cuando se decidió á no ahorrar fatigas ni dinero para disminuir el poder de la casa de Austria. Fernando se habría hecho ciertamente absoluto, y el imperio habría llegado á ser formidable á la Francia, si este piadoso cardenal no hubiese adoptado la causa protestante, y puesto al imperio, por el tratado de Westphalia, bajo el mismo pie en que se hallaba la Francia antes de Luis XI, cuando los principes de la sangre que gobernaban las provincias, y los duques de Bretaña, etc., se oponían á menudo á la ley. Nada puede dar al Imperio la fuerza y consideración que yo le deseo para conservar el equilibrio de Europa, como el hacerlo hereditario en esta familia.

Yo no sé cómo he caído hoy en la tentación de mortificar mi

cabeza con asuntos políticos, haciendo tantos años que no me ocupo de ellos: tal vez habrá sido porque me puse á escribir al político más consumado de esta edad y de la suya.

Deseo con impaciencia recibir tu primera carta de Hannóver. Á Dios.

A MONSIEUR DE VOLTAIRE, POUR LORS A BERLIN.

LONDRES, le 27 Août, V. S. 1752.

Monsieur,

Je m'intéresse infiniment á tout ce qui touche M. Stanhope, qui aura l'honneur de vous rendre cette lettre; c'est pourquoi je prends la liberté de vous le présenter. Je ne puis pas lui en donner une preuve plus convaincante. Il a beaucoup lu; il a beaucoup vu; s'il l'a bien digéré, voilà ce que je ne sais pas; il n'a que vingt ans. Il a déjà été á Berlin, il y a quelques années, et c'est pourquoi il y retourne á présent; car á cette heure on revient au Nord par les mêmes raisons pour lesquelles on allait, il n'y a pas longtemps, au Sud.

Permettez, Monsieur, que je vous remercie du plaisir et de l'instruction que m'a donnés votre *Histoire du siècle de Louis XIV.* Je ne l'ai lue encore que quatre fois; c'est que je voudrais l'oublier un peu avant la cinquième; mais je vois que cela m'est impossible: j'attendrai donc l'augmentation que vous nous en avez promise; mais je vous supplie de ne me la pas faire attendre longtemps. Je croyais savoir passablement l'histoire du siècle de Louis XIV, moyennant les milliers d'histoires, de mémoires, d'anecdotes, etc., que j'en avais lus; mais vous m'avez bien montré que je m'étais trompé, et que je n'avais qu'une idée très confuse á bien des égards et très fautive á bien d'autres. Que je vous sais gré surtout, Monsieur, du jour dans lequel vous avez mis les folies et les fureurs des sectes! Vous employez contre ces fous ou ces imposteurs les armes convenables; en employer d'autres, ce serait les imiter. C'est par le ridicule qu'il faut les attaquer; c'est par le mépris qu'il faut les punir. A propos de ces fous, je vous envoie ci-jointe une pièce sur leur sujet, par feu le docteur Swift, laquelle, je crois, ne vous déplaira pas. Elle n'a jamais été imprimée: vous en devinez bien la raison; mais elle est authentique. J'ai l'original, écrit de sa propre main. Son

Jupiter, au jour du jugement, les traite à peu près comme vous les traitez et comme ils le méritent.

Au reste, Monsieur, je vous dirai franchement que je suis embarrassé sur votre sujet, et que je ne puis me décider sur ce que je souhaiterais de votre part. Quand je lis votre dernière histoire, je voudrais que vous fussiez toujours historien; mais quand je lis votre *Rome sauvée* (toute mal imprimée et défigurée qu'elle est), je vous voudrais toujours poète. J'avoue pourtant qu'il vous reste encore une histoire à écrire, digne de votre plume, et dont votre plume est seule digne. Vous nous avez donné, il y a longtemps, l'histoire du plus grand furieux (je vous demande pardon si je ne puis pas dire du plus grand héros) de l'Europe. Vous nous avez donné en dernier lieu l'histoire du plus grand roi; donnez-nous à présent l'histoire du plus grand et du plus honnête homme de l'Europe, que je croirais dégrader en l'appelant roi. Vous l'avez toujours devant vos yeux; rien ne vous serait plus facile, sa gloire n'exigeant pas votre invention poétique, mais pouvant se reposer en toute sûreté sur votre vérité historique. Il n'a rien à demander à son historien que son premier devoir comme historien, qui est, *ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat*.

Adieu, Monsieur; je vois bien que je dois vous admirer de plus en plus tous les jours, mais aussi je sais bien que rien ne pourra jamais ajouter à l'estime et à l'attachement avec lesquels je suis actuellement

Votre très humble et très obéissant serviteur,

CHESTERFIELD.

PIEZA CITADA EN LA CARTA ANTERIOR.

The day of Judgment.

With a whirl of thought oppress'd,
I sunk from reverie to rest.
A horrid vision seiz'd my head;
I saw the graves give up their dead!
Jove, arm'd with terrors, burst the skies,
And thunder roars, and lightning flies!
Amaz'd, confus'd, its fate unknown,
The world stands trembling at this throne!

While each pale sinner hung his head,
Jove, nodding, shook the heavens, and said:
"Offending race of human kind,
By nature, reason, *learning*, blind;
You who through frailty stepp'd aside,
And you who never fell, — *through pride*;
You who in different sects were sham'd
And come to see each other damn'd;
(So some folks told you, but they knew
No more the Jove's desigus than you) —
The world's mad business now is o'er,
And I resent these pranks no more.
— I to such blockheads set my wit!
I damn such fools! — Go, go, you're bit.

TRADUCCIÓN DE LA CARTA ANTERIOR.

Al señor de Voltaire residente en Berlin.

LONDRES, 27 de Agosto de 1752.

SEÑOR MÍO,

Como prueba segura del infinito interés que me inspira todo lo que concierne al Señor Stanhope, me tomo la libertad de recomendarlo á Vd. por medio de esta carta que él mismo tendrá el honor de poner en sus manos. Ha leído y visto mucho, pero si ha ó no digeridolo bien, es cosa que no podré decir cuando apenas tiene veinte años. Hace algún tiempo que estubo en esa ciudad, y esto mismo le obliga á visitarla de nuevo, porque en el día las gentes se dirigen al norte por las mismas razones que no ha muchos años tentan para ir al sur.

Permitame Vd. que le agradezca el placer é instrucción que he retirado de la historia de Luis XIV. Sólo la he leído cuatro ocasiones, porque querría olvidarla un poco antes de recorrerla de nuevo; pero veo que esto es imposible, y así aguardaré á que Vd. nos procure la continuación que ha prometido; pero le suplico que no nos haga esperar mucho tiempo. Yo estaba en la inteligencia de que sabía muy regularmente la historia de Luis XIV, mediante una multitud de historias, de memorias, de anécdotas, etc. que había leído; pero Vd. me ha hecho ver lo engañado que estaba, y que sólo tenía una idea muy confusa

T. II.

5

sobre muchas cosas y muy falsa sobre otras; Qué de alabanzas no merece Vd. particularmente por la luz que ha esparcido sobre las locuras y furoros de las diferentes sectas! Las armas que Vd. emplea contra estos insensatos ó estos impostores, son las únicas eficaces, porque usar otras sería imitarlos; deben ser atacados con el ridículo y castigados con el desprecio. A propósito de estos dementes, acompaño á Vd. una pieza sobre el particular, escrita por el finado doctor Swift que creo no le desagradará. Nunca ha salido á luz por los motivos que fácilmente adivinará Vd. pero es auténtica. Tengo en mi poder el original escrito de propio puño del autor. Su Júpiter, en el día del juicio, lo trata casi como Vd. y como ellos lo merecen.

Mas por lo que hace á Vd., debo decirle francamente que me veo muy embarazado sin saber lo que deseo de sus talentos. Cuando leo la citada historia, querría que siempre fuese historiador; pero cuando paso los ojos por la *Rome sauvée*, apetecería que no quitase la mano de la poesía; con todo, debo confesar que todavía está por venir una historia digna de tan buena pluma y sólo digna de ella. Hace largo tiempo nos regaló Vd. la historia del mayor furioso (perdone Vd. si no puedo llamarle el mayor héroe) de Europa; hace poco nos regaló Vd. la historia del más grande de los reyes; regálenos Vd. ahora la del más grande y más honrado hombre de Europa, porque yo creería degradante llamarle rey (a). Nada sería á Vd. más fácil, puesto que lo tiene á la vista, y que su gloria no exige invenciones poéticas, sino atenerse sólo a la verdad histórica. Este monarca sólo tiene que pedir á Vd. el primer deber de un historiador, que es: *Ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat.*

Á Dios, Señor mío, bien veo que debo admirar á Vd. cada día más, pero también conozco que nada podrá aumentar la estimación y afecto con los cuales me suscribo.

Su más humilde y obediente servidor,

CHESTERFIELD.

(a) Federico el Grande. En 1774, después de muerto el autor de estas cartas, escribía Voltaire lo siguiente á aquel soberano: « Le suffrage de Lord Chesterfield a un très grand poids, non seulement parce qu'il était d'une nation qui ne songe guère à flatter les rois, mais parce que, de tous les Anglais, c'est peut-être celui qui a écrit avec le plus de grâces. Son admiration pour vous ne peut être suspecte. Il ne se doutait pas que ses Lettres seraient lues après sa mort et après celle de son bâtarde.

TRADUCCIÓN DE LA POESÍA DEL DOCTOR SWIFT.

El día del Juicio.

Agobiado con un torbellino de pensamientos, paso de la meditación al descanso. Un terrible sueño se apodera de mi espíritu: ; Veo salir los muertos de sus sepulcros! Júpiter armado de pavor estalla por el espacio; el rayo truena; los relámpagos brillan; el universo tiembla ante su trono, y los mortales esperan con espanto y consternación su última sentencia. La palidez, el rostro caído descubre á los culpables. Júpiter levanta el brazo, crujen los cielos y dice: « Raza delincuente, hombres perversos ofusca- » dos por la naturaleza, la razón y la *ciencia*; hombres que se » desviaron por fragilidad; hombres que siguieron el camino » recto por *orgullo*, y hombres engañados en mil sectas diferen- » tes, venid á ver condenados á los unos y los otros, conforme » os lo dijeron algunas gentes que no conocían mejor que vos los » decretos de Júpiter. Ha dado fin el mundo; sus locuras y extra- » vagancias ya no me afectan. Mi juicio reprueba á tales insen- » satos; condeno á esos locos que han condenado á los demás.... » Id, id, caísteis en la *trampa*. »

LONDRES, 19 de Septiembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Desde que llegaste á Hannóver tu correspondencia ha sido muy irregular y lacónica. Cierto es que el 18 de Agosto hiciste un gran esfuerzo con tu cartapacio en folio y tu posdata del 22, pero después tus renglones han sido contados. En tu carta del 31 no me informas de lo que ante todo deseaba saber, y es el parecer que te encargué pidieses al doctor Hugo sobre tu asma, y lo que te prescribió para prevenir la recaída. ¿Cuál es por otra parte la compañía que frecuentas en Hannóver? ¿Quién te ha mostrado aprecio y atenciones, y quién puéstole mala cara?

Dices que vas constantemente á la parada; haces muy bien,

On les traduit en français en Hollande; ainsi Votre Majesté les verra bientôt. Elle lira le seul Anglais qui ait jamais recommandé l'art de plaire comme le premier devoir de la vie... »

porque aunque no seas del oficio, los negocios militares forman una parte tan esencial de la conversación y de las negociaciones, que es muy conveniente no ignorarlos. Espero que tus observaciones no se limitarán á sólo el espectáculo de las revistas, y el ejercicio de las tropas, sino que al mismo tiempo te informarás de los detalles más esenciales, como su prest y la proporción que guarda cuando las tropas están en cuarteles de invierno ó en campaña; lo que el país les procura cuando se hallan acantonadas y la cantidad de pan de munición que se les da en campaña; el número de hombres y de oficiales; su uniforme, la calidad de los paños y telas; si el soldado es vestido por el coronel como en Inglaterra, ó si el costo se deduce de su misma paga; ó bien si el equipo se hace por medio de comisarios nombrados al efecto por el gobierno como en Francia y en Holanda. Con tales noticias, te hallarás en estado de hablar sobre asuntos militares con personas de esta profesión que, en todos los países de Europa, excepto en Inglaterra, componen una parte considerable de las mejores compañías. Frequentando la parada tienes al mismo tiempo ocasión de adquirir amistad con oficiales de cierto grado, antiguos en el servicio, que por lo general son urbanos y no carecen de las maneras ni del tono de la buena sociedad; por lo regular han visto el mundo y las cortes, y sólo esto puede formar á un caballero, digase lo que se quiera del ingenio y del saber, con los cuales un hombre puede ser muy desagradable en la sociedad. Me atrevo á decir que hay pocos capitanes de infantería, cuya compañía no sea mejor de lo que nunca fué la de Descartes y de Newton. Yo honro y respeto mucho estos genios superiores, pero deseo conversar con gentes de este mundo que paguen en la sociedad su cuota de buenas maneras, de jovialidad y de conocimiento del género humano. En la vida común se tiene más necesidad de la moneda de bajo precio que de oro ó de plata. Yo quiero un hombre que tenga dinero en el bolsillo para las necesidades comunes, como chelines, escudos y coronas que circulan fácilmente; pero un hombre que sólo tiene una barra de oro sobre sí, no se halla provisto para las pequeñas necesidades presentes, y sus riquezas no tienen curso en la ocasión. Ten en un bolsillo todo el oro que quisieres, pero cuida al mismo tiempo de que en el otro no te falte moneda menuda, porque regularmente tendrás más necesidad de un chelín que de una guinea. Es necesario confesar que en esto sobresalen los franceses más que ninguna otra nación del mundo;

tienen cierto manejo para saber vivir, cierta ligereza de conversación y cierta jovialidad y cortesía tan fáciles y naturales, que parece no costarles nada, y esto da á la sociedad todos sus encantos. Me cuesta mucho agregar, pero es certísimo, que los ingleses y los holandeses, son de todas las naciones del mundo, los que más se alejan de estas amables cualidades, sin que me atreva yo á exceptuar á los mismos suizos.

Aunque no hayas tenido á bien informarme, he sabido por otro canal que debes ir á Gohr, con el conde de Schulemburg, por ocho ó diez días únicamente, con objeto de ver las revistas; también sé que has contraído una amistad particular con Lord Essex y que siempre estás unido á él en Hannóver. Me sería más grato saber todas estas cosas por tu conducto que por el de otros; estas son precisamente las particularidades que más deseo conocer, porque ninguna otras te tocan más de cerca. Siento mucho la indisposición de la duquesa de Newcastle por ella y por ti, porque este accidente te impide hablar con el duque tanto como deseo; la costumbre podrá en él mucho, como en la mayor parte de los hombres. Yo he conocido muchas gentes patrocinadas y ascendidas por aquellos que no tenían más razón para esta preferencia que un largo hábito de estar con ellos. Nunca debemos buscar las causas por medio de profundos raciocinios, sino valiéndonos de un examen muy cuidadoso: no importa lo que ellas deberían ser, el punto capital es dar con lo que son; dedúcelas paso á paso del carácter de la persona. Yo he conocido *por esos mundos*, como decía Brantome, grandes efectos producidos por causas muy pегueñas para ser sospechadas. Hay cosas que es necesario saber y que no se adivinarían nunca.

Dios sabe dónde te encontrará esta carta. Supongo que no será en Hannóver; pero en cualquiera lugar que la recibas, deseo que te halle bueno y contento! Á Dios (a).

(a) Septiembre 20. El autor á M. Dairolles:

..... Felipe ha permanecido algún tiempo en Hannóver; besó la mano del rey, que era todo lo que yo esperaba ó deseaba *Visage de bois*, bien lo suponéis, *et c'était dans les formes*. Pero el duque de Newcastle se ha manifestado con él muy dondoso y amable; siempre lo ha convidado á comer aun *en famille*; y aun me ha sugerido á mí una comisión muy ventajosa para él en el extranjero, que espero y creo llegará á verificarse. Entre nos, y os ruego no lo manifestéis á alma viviente, debe suceder, como encargado de negocios en Venecia, á Sir James Gray, el cual será nombrado enviado del rey á Nápoles. Esto es mejor de lo que yo habria

LONDRES, 22 de Septiembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Al siguiente día de escrita mi última, recibí la tuya del 8, siendo de mi aprobación el corto viaje que intentas hacer á Gohr y también que lo verifiques en compañía del conde de Schulemburg. Desearía que vieses y oyesses todo por ti mismo, porque una larga experiencia me ha enseñado que no es seguro fiarse en lo que dicen otros. La vanidad y el interés son origen de muchas falsas representaciones, y la necesidad de muchas más. Pocas son las gentes que tienen bastante juicio para referir las cosas tales como son, y aquellos que lo tienen nunca dejan, por este ó el otro motivo, de agregar ó de suprimir ciertas circunstancias. El recibimiento que se te ha hecho en Hannover, es á mis ojos un presagio de que serás bien acogido generalmente; porque hablándote la verdad, este lugar era el que me inspiraba mayor desconfianza; mas hay cierta conducta, *ciertas maneras*, que vencen todas las dificultades de este género; y con tal fin continúas tus viajes de corte en corte. Estas formas son personales, locales y pasajeras; varían y deben su existencia al capricho, al humor y á otros accidentes. El colmo del buen sentido y de la razón no podría nunca adivinarlas; sólo las enseña la experiencia, la observación y la práctica del mundo. Por ejemplo: es una señal de respeto inclinarse delante del rey de Inglaterra, y sería faltar á los usos si se hiciese lo mismo á presencia del rey de Francia; es costumbre hacer una profunda reverencia al emperador; y los monarcas asiáticos exigen una postración de

pedido ó esperado para el muchacho. Quiero iniciarlo en el manejo y rutina de los negocios, sin exponerlo á las malas consecuencias de los desbarros, errores ó inadvertencias de la inexperimentada juventud; porque allí tendrá muy poco que hacer, y nada de importancia, y sin embargo, aprenderá las formas, el *trim tou* y el bosquejo de su profesión. Además, comenzará como encargado de negocios á los veinte años, es subir alto de un golpe en la escalera de la diplomacia. Me siento verdaderamente muy reconocido al duque de Newcastle, y así se lo manifestaré en primera oportunidad. Felipe ha ido á Brunswick, y de allí irá á pasar el carnaval á Berlin. Besará vuestras manos en Bruselas en Marzo ó Abril, á menos que el negocio de Venecia no requiera su presencia allí antes de aquel tiempo, ó que lo llame á Frankfort la elección del rey de los romanos.

Tr.

todo el cuerpo. Estas son ceremonias usuales con las cuales debe uno conformarse; pero yo desafío al buen sentido y á la razón para que digan por qué fueron establecidas. Lo mismo sucede en las diversas clases de la sociedad v. g.: la muy absurda aunque universal costumbre de beber á la salud de las gentes: ¿Puede haber en el mundo cosa alguna que tenga menos relación con la salud de otro que el beber un vaso de vino? Cierto es que el buen sentido jamás dictó esta costumbre; pero el buen sentido me dice al mismo tiempo que debo conformarme con ella. El buen juicio me indica que debo ser civil y hacer esfuerzos para agradar; pero sólo la experiencia y la observación pueden enseñar propiamente los medios apropiados al lugar, al tiempo y á las personas. Este conocimiento es el verdadero objeto de los viajes de un caballero, si viaja como debe hacerlo; y á fuerza de frecuentar la buena compañía de todos los países, llega á ser cosmopolita: ya no es inglés, francés, ó italiano, sino europeo; adopta las mejores maneras de cada lugar; es francés en Paris, italiano en Roma é inglés en Londres.

Confieso que este favorable resultado corona rara vez los viajes de mis compatriotas, porque no desean ni cuentan con los medios de ser introducidos en las mejores sociedades de los países que recorren. En primer lugar tienen aquella vergüenza mal entendida que les distingue generalmente; en segundo no hablan las lenguas extranjeras ó bien lo hacen á lo bárbaro. Tú cuentas con todas las ventajas que faltan á ellos, sabes perfectamente los idiomas, y por donde quiera que has viajado has sido siempre introducido en las mejores sociedades; de modo que debes ser un *Europeo*. Tu lienzo es sólido y fuerte y tu dibujo bueno; pero acuérdate que te falta el bello colorido del Ticiano, y las pinceladas finas y llenas de gracia de Guido. Cada compañía tiene un aire particular, un talento, unas maneras y una fraseología que sólo se adquieren á fuerza de práctica y atendiendo á lo que pasa en cada una de ellas. Cuando comas ó cenes en casa de un hombre distinguido, mira el modo con que desempeña los honores de su mesa según los diferentes convidados, atiende á los cumplimientos de felicitación ó de pésame que un caballero dirija á sus superiores, á sus iguales ó á sus inferiores; observa su aspecto y el tono de su voz: todo esto es útil cuando se quiere agradar. El hombre de calidad tiene cierta dicción que le caracteriza; no se contentará con decir á un novio, como lo harían tus compatriotas: *deseo á Vd. mucho placer*, ó á un hombre que

acaba de perder á su hijo : *siento tan gran desgracia*, pronunciando uno ú otro con aire indiferente. Dirá en efecto la misma cosa, pero de un modo más elegante, menos trivial y con tono apropiado á la situación ; se dirigirá con ardor, vivacidad y semblante alegre al novio y abrazándolo le dirá : *Si Vd. hace justicia á mi amistad, juzgará del gozo que me procura esta ocasión, mejor de lo que yo podría expresarlo*, etc. Se acercará al otro afligido con paso lento y aspecto grave, y le dirá en voz baja y del modo más circunspecto : *Espero que me hará Vd. la justicia de creer que siento cuanto Vd. siente, y que siempre le acompañaré en sus aflicciones* (a).

Te diré que tu acceso á las gentes era muy frío y uniforme, y

(a) Esta facilidad de adoptar un semblante apropiado á las ocasiones, es satirizada por Castillejo en estos versos que pone en boca de la lisonja :

Cuando veo,
Que con el que lisonjeo
Es bien ir temporizando,
Salgo tras él, y callando
Otorgo con su deseo ;
Y lo apruebo ;
Si él se muere, yo me muevo,
Y párome si se para,
Mírole siempre á la cara
Para saber lo que debo
De hacer,
Lo que le veo querer
Es la ley por do me guio ;
Si él rie yo me río,
Y muestro mucho placer
Sin tenello,
Lo dicho sin entendello,
Hago que lo siento y creo,
Y con alegre meno
Me regocijo con ello
Dulcemente,
Y así por el consiguiente
Si le veo triste y mustio,
Yo me entristezco y angustio
Como quien recibe y siente
Gran tormento,
De su descontentamiento ;
Dice, digo, niega, niego,
Quiere, quiero, ruega, ruego
Y en todo con el consiento etc.

Tr.

espero que á esta hora ha mejorado. Debes ser respetuoso, más al mismo tiempo fácil y preventivo con tus superiores, animado con tus iguales, libre y afectuoso con tus inferiores. Hay una especie de *parla*, establecida por la moda, que debes aprender, y que, á pesar de su frivolidad, es muy útil en las compañías variadas y en la mesa, sobre todo en la carrera que sigues, porque sirve para eludir ciertos asuntos serios que podrían ocasionar disputas ó á lo menos resfrio, por algún tiempo. En semejantes ocasiones no es malo entender un poco de *cocina*, y hallarse en estado de disertar sobre el condimento de los guisos y la fragancia de los vinos. Tales materias son en verdad muy infimas, pero ocurren con frecuencia y por lo mismo debe uno hallarse en estado de hablar sobre ellas con cierto grado de gracia y de inteligencia. Estoy seguro de que tales materias se han de presentar á menudo en tu camino ; y así te encargo que las veas con un poco de cuidado. También hay cierto lenguaje de conversación, cierto estilo de moda, que todo hombre distinguido debe saber sea cual fuere el idioma de que se sirva. Los franceses atienden á esto cuidadosamente y tienen razón ; su lenguaje, que es fraseológico, se presta mucho á esta dición.

Podría escribir volúmenes en folio sin agotar este asunto, pero creo que no lo necesitas. Has visto y oído sobre el particular más de lo suficiente para estar convencido de la verdad é importancia de lo que te he inculcado durante tanto tiempo. ;Cuán felices somos tú y yo, mi querido hijo, de que para colmar mis deseos sólo te faltan esas pinceladas del Ticiano y esas gracias de Guido ! Pero por otra parte, ;cuánta rebaja no sufriría esta dicha si no llegases á adquirirlos ! Me acuerdo que siendo de tu edad, aunque no recibí, ni aun con mucho, una educación tan buena como la que tú has tenido, y que tampoco había visto tanto mundo como tú, observaba sin embargo, estas pinceladas maestras y estas gracias irresistibles en los demás. Yo mismo sentía la necesidad de adquirirlas ; pero una *falsa vergüenza*, fruto de la universidad de Cambridge, ponía trabas á mis esfuerzos, sobre todo, si veía delante de mí algunos de mis compatriotas ó concurría con personas que conociese yo particularmente. Esto era absurdo de mi parte, porque no podía salirme con la mía sin intentarlo. Al fin, á fuerza de frecuentar las mejores sociedades y de imitar á los que veía yo estimados de todo el mundo, llegué á formarme medianamente.

La semana entrante partiré para Bath con motivo á una sor-

dera que me comenzó hace cuatro ó cinco meses, y que se me asegura desaparecerá bañando á chorro mi cabeza. Te aseguro que esta sordera ha ejercitado mi paciencia, obligándome á dejar la sociedad cuando los años no me han dejado más placeres que los que ella procura. Entretanto, leo y escribo supliendo con mis ojos la falta de mis oídos. Á Dios.

LONDRES, 26 de Septiembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Como tú ocupas, ó por mejor decir, monopolizas todos mis pensamientos, mi placer aumenta diariamente al ver la perspectiva que se abre delante de tí. En tu educación me he propuesto dos objetos; cada día te veo más cerca de alcanzarlos, y tengo muy poco motivo para no esperar que correspondas á ellos completamente: me refiero á los negocios extranjeros, y á los del parlamento. En consecuencia, he tratado de procurarte ante todo una base sólida de conocimientos, y en seguida una temprana práctica del mundo. En tu patria nadie puede hacer papel sin brillar en el parlamento, y esto sólo se consigue por medio de la elocuencia, á menos que no sea aquel miserable papel que desempeñan los que dan su voto en silencio, y que se contentan *pedibus ire in sententiam*. Los negocios extranjeros, cuando se discuten con destreza y se apoyan en una reputación parlamentaria, conducen á todo lo que hay de más considerable en este país. Tú conoces los idiomas necesarios á este objeto, y posees un fondo suficiente de conocimientos sobre historia y tratados, es decir, que tienes la materia pronta: sólo te falta la manera. Una vez fijos estos objetos, te recomiendo que los tengas incesantemente en el pensamiento, y que dirijas á ellos tus lecturas, tus acciones y tus palabras. La mayor parte de los hombres piensan solamente *ex re natá*, y pocos *ex professo*. Deseo que tú hagas uno y otro, pero comienza por lo último. Me explicaré: establece ciertos principios y obra y razona con arreglo á ellos; por ejemplo: supongo que te dices á tí mismo: « Quiero figurar en el parlamento y para conseguirlo no sólo es necesario que hable, sino que hable muy bien: si sólo hablo como hombre sensato, no basta; es necesario que hable correctamente, con elegancia y aun con elo-

cuencia. Para alcanzar este objeto debo tomarme el trabajo de adquirir por hábito y sin atecación la pureza, la exactitud y la elocuencia del estilo en la conversación ordinaria; debo buscar las mejores expresiones y desechar las impropias que no tienen bastante fuerza y que son vulgares. Leeré los mejores modelos de la oratoria antiguos y modernos, y los leeré alternativamente. Volveré á estudiar á Demóstenes, y á Cicerón, no para descubrir cuál fué tal y tal costumbre de Atenas y de Roma, ni para atormentar mi espíritu para conocer el valor de los talentos, dracmas y sestercios, como los necios eruditos en *us*, sino con el fin de observar la elección de sus palabras, la armonía de su dicción, su método, la distribución de sus discursos, su exordio para atraerse el favor y la atención del auditorio, y sus peroraciones para dar más fuerza á lo que ya han dicho, y hacer una impresión decisiva en las pasiones. No irá mi pedantismo hasta el punto de despreciar á los modernos; estudiaré también á Atterbury, Dryden, Pope y Bolingbroke: leeré cuanto sea conducente á mis fines, y no cesaré de purificar y refinar mi estilo según los mejores modelos, hasta que al fin llegue yo mismo á ser un modelo de elocuencia, cosa que todo hombre puede conseguir por medio de la aplicación. » Si comienzas así y te hallas resuelto á observar constantemente estos principios, cada sociedad á que vayas, ó cada libro que leas, contribuirá á tus progresos mostrándote lo que debes imitar ó lo que debes huir. ¿ Tienes por ventura que referir alguna cosa en la sociedad? ¿ Tratas de persuadir á algún hombre ó mujer? estos principios fijos en tu espíritu te estimularán á prestar una atención particular á la elección de tus palabras y á la claridad y armonía de tu dicción. Basta ya por lo que hace al parlamento y vamos ahora á los negocios extranjeros.

Establece desde luego estos principios que son absolutamente necesarios para conducir una negociación con destreza y provecho, y fórmate con arreglo á ellos. ¿ Cuáles son? primero, tener conocimientos claros y seguros en todas las transacciones del mismo género. Ya posees este saber y lo extenderás más todos los días, porque en consecuencia de este principio leerás la historia, las memorias, las anécdotas, etc.; los otros talentos indispensables para las negociaciones son, el arte de agradar, ganar el corazón y la confianza, no sólo de aquellos con quienes marches de acuerdo, sino aun de aquellos que es necesario contrarrestar; ocultar tus pensamientos y tus miras, y descubrir los

de los otros; ganar la confianza con una franqueza aparente (a), y un aire abierto y sereno, sin dar un paso mas lejos; conciliarte el favor personal del rey, del príncipe, de los ministros ó de la favorita absoluta de la corte á que fueres enviado; dominar tu carácter y tus ademanes, de modo que la cólera no te haga decir, ó tu fisonomía revelar, lo que debe permanecer secreto; familiarizarte y adquirir confianza en las mejores casas del lugar de modo que seas recibido en ellas más bien como amigo que como extranjero. Si tienes estos principios constantemente en la cabeza, todo aquello que hicieres ó dijeres, tenderá de un modo ó de otro á este objeto, y la conversación es el camino que te llevará á alcanzarlo. Es necesario que adquieras la costumbre de reprimir los movimientos de la cólera; es necesario que estés alerta contra toda expresión indiscreta; es necesario que sepas dominar tu semblante de modo que no cambie á cada accidente imprevisto, y sobre todo, debes tratar de adquirir aquel grande arte de agradar, sin el cual todo lo demás no produciría ningún efecto. La sociedad no es más que una negociación permanente, y si la consideras bajo este aspecto, encontrarás en ella el secreto de cualquiera otra transacción. Por los mismos medios que adquieres un amigo, que te guardas de un enemigo ó que ganas el afecto de algún corazón, harás un tratado ventajoso, confundirás á los que te contrarrestaren y ganarás el favor de la corte á que fueres enviado. Manéjate de este modo en todas las compañías que frecuentes, y tus mismos placeres harán de ti un negociador consumado. Agradará á todos aquellos que son dignos de agradar; guarda tu secreto y trata de descubrir el de los demás; conserva tu sangre fría y procura encender diestramente la de los otros; desconfiada los proyectos de tus rivales con diligencia y destreza, pero al mismo tiempo muéstrales la mayor cortesía y mantente firme sin cólera. Los famosos negociadores Avaux y Servien, no se condujeron de otro modo, en prueba de lo cual quiero hacerte

(a) Cuando la Zorra, del poema de Casti, que ocupaba el ministerio en el reino bruto, manda al Perro de agua á una misión diplomática, después de darle secretas instrucciones le dice:

Es no lo niego, el paso algo escabroso,
Y delicada la incumbencia y crítica;
Mas sobre tu destreza yo reposo;
De dos negociadores en política
Venice, lo sabes bien, quien con más maña
Y ficta ingenuidad al otro engaña.

Tr.

una observación y es, que los negociadores más eminentes han sido siempre los hombres más corteses y urbanos.

Por el amor de Dios, no pierdas nunca de vista estos puntos importantes; sujeta á ellos todas las cosas y calcula para sus intentos todas las cosas. Lo que hay de particular en esto es, que para practicarlo no se requiere más que aquello mismo que la vanidad, el interés y el placer nos sugerirían independientemente de estos objetos. Si un hombre no debiese manejar nunca los negocios, y que sólo pensase en la vida privada ¿dejaría por eso de alimentar el deseo de agradar y de persuadir? Por consiguiente, en los dos puntos de que hemos tratado, y que tienes que llenar, tu fortuna conspira felizmente con tu vanidad y tus placeres; y aun más, porque yo sostengo que un ministro en el extranjero no puede ser nunca hombre consumado en los negocios, si al mismo tiempo no es hombre de placer. La mitad de su obra queda hecha con la ayuda de sus placeres; consigue, quizá mejor, sus miras, sin crear sospechas, en los bailes, las cenas, las reuniones y las correrías de diversión, por sus tramas con las mujeres y las conexiones que insensiblemente forma con los hombres en aquellas horas de entretenimiento y de abandono.

Estos objetos se hallan actualmente tan cerca de ti, que no debes perder un solo momento para alcanzarlos. Entrarás en el parlamento tan pronto como tuvieres los años requeridos; y aun creo que obtendrás antes un departamento extranjero, jamás concedido hasta ahora á ningún joven de tu edad. Si comienzas bien á los veinte y un años ¿qué cosa no podrás llegar á ser á los cuarenta? ; Todo cuanto yo podría desearte! Á Dios (a).

(a) El autor á M. Dairrolles :

Antes que este paquete llegue á vuestras manos, habréis probablemente recibido otro redondito que me pertenece. Me refiero á M. Stanhope que por una carta suya de 26 de Septiembre, escrita en Hannóver, que acabo de recibir, me informa de que hacia sus preparativos para ir á saludaros á Bruselas. La amistad que me profesáis me es muy conocida, y no necesito nuevas pruebas de ella; por lo tanto, insisto muy seriamente, que sea cual fuere lo que vuestra amistad para conmigo, ó vuestra atención para con él os sugeriría hacer en este caso, que no lo alojéis en vuestra casa. Bien puede ir á comer y cenar en ella tantas veces como queráis, pero cierta y positivamente, no más tiempo. Un joven de veinte años que gusta de las diversiones es un mueble muy incómodo en una familia regular. En fin, en *un mot comme en mille*, y fuera de toda ceremonia, no quiero verlo alojado en vuestra casa. En cuanto á lo demás lo pongo enteramente en vuestras manos. Introducido en las mejores

LONDRES, 29 de Septiembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Nada es más necesario y al mismo tiempo más dificultoso para los jóvenes, lo sé por experiencia, que el saberse conducir con las personas que ellos no aman. Sus pasiones son vivas, sus cabezas ligeras; odian á todos los que se oponen á sus miras por ambición ó por amor; y rival en uno y otro caso es casi sinónimo de enemigo. Si fulano sigue el mismo camino que tú, te mostrarás frío y violento cuando menos, las más veces acerbo y siempre deseoso de darle indirectamente una manotada. Esto es fuera de razón, visto que todo hombre tiene el mismo derecho que cualquiera otro para solicitar un empleo ó la conquista de algún corazón: pero además, es en extremo imprudente, porque las más veces frustra tu intento, y mientras la lucha, que absorbe tu alma, llega un tercero que se lleva la presa. Convento en que la situación es irritante: un hombre no puede dejar de pensar como piensa, de sentir como siente, y es cosa muy cosquillosa y delicada ver los proyectos de uno en la corte ó en solicitud de algún afecto, cruzados por un competidor; pero la prudencia y la habilidad deben contener los efectos aunque no pueden remover la causa. Los dos pretendientes disgustan al corazón que quieren cautivar cuando turban la compañía con su mal humor; á la vez que si uno de ellos tiene bastante imperio sobre sí para mostrarse cortés y risueño, fácil y sin afectación respecto del otro, como si no hubiese entre ellos ninguna especie de rivalidad, la dama lo amará de preferencia, y su rival será diez veces humillado y desalentado: mirará esta conducta como una prueba del triunfo y de la

compañías. Os ruego lo pongáis al corriente del negocio de límites, y el del arancel, que no son de una naturaleza secreta, é informadme franca y verazmente cómo lo encontraréis; ¿son su aire, su destreza y sus maneras mejores de lo que eran la última vez que lo visteis (*)? Os recomiendo lo reprendáis seriamente si no lo encontraréis adelantado.

(*) Á estas preguntas M. Durollés contestó lo siguiente:

Creo que M. Stanhope ha mejorado bastante en su aire y maneras. Con todo, debo confesar que cuando uno piensa en el gran modelo que naturalmente debo servirle de imitación, encuentra extraño que no haya adquirido todavía mayor perfección en aquel arte encantador que ninguno ha llegado á poseer en el grado que vuestra Señoría. Esta falta negativa de mi amigo no procede de torpeza ó de vergüenza mal entendida, ni se manifestó en lo más mínimo embarazado con las señoras que merendaron el martes pasado en mi casa; pero creo que siente naturalmente una indiferencia por el bello sexo, y no se encierra lo bastante para hacerse grato.

seguridad de su rival; dirigirá su mal humor contra la dama, y sus quejas, agrias y virulentas, producirán entre ellos una querrela (a). Lo mismo sucede en los negocios: aquel que mejor sabe dominar su humor y su semblante, tendrá siempre una infinita ventaja sobre el otro. Los franceses llaman *prociéde honnête et galant*, al empeño que uno toma para mostrarse sumamente civil con un hombre que otras almas pequeñas mirarían con aversión ó tratarían quizá brutalmente en igual caso. Quiero ponerte un ejemplo que me toca de cerca, y te encargo que lo tengas presente cuando te hallares, como espero, en igual situación.

En 1744 fui enviado á la Haya, con el objeto de inducir á los holandeses á que tomasen parte en la guerra y estipular el número de tropas, etc., con que debían contribuir. Tu conocido el abate De la Ville se hallaba allí, por parte de Francia, encargado de impedir el rompimiento de la neutralidad de aquellos Estados; y habiéndome yo informado de qué clase de sujeto era, supe con gran pesadumbre que tenía que habérmelas con un negociador hábil, muy prudente y muy sagaz. No podíamos visitarnos porque nuestros dos soberanos estaban en guerra; pero la primera vez que lo encontré en lugar neutro, supliqué á uno de mis conocidos que me presentase á él, y le dije que, aunque fuésemos enemigos nacionales, me lisonjaba sin embargo, de que podríamos ser amigos personales, con mil otros agasajos á que correspondió cortésmente. Dos días después, al salir temprano en solicitud de los diputados de Amsterdam, encontré al Abate que me había cogido la delantera, y con tal motivo me dirigí á los diputados, diciéndoles en tono risueño: *Je suis bien fâché, messieurs, de trouver mon ennemi avec vous; je le connais déjà assez pour le craindre: la partie n'est pas égale, mais je me fie à vos propres intérêts contre les talents de mon ennemi, et au moins, si je n'ai pas eu le premier mot, j'aurai le dernier aujourd'hui* (b). Los diputados se sonrieron; el Abate,

(a) Gardez-vous du soupçon qu'un jaloux fait paraître; Tout le fruit qu'on en tire est de se mettre mal; Et d'avancer par là les desseins d'un rival. Au mérite souvent de l'éclat qui vous blesse Vos soupçons font ouvrir les yeux d'une maîtresse, Et j'en sais tel qui doit le destin le plus doux Aux soins trop inquiets de son rival jaloux.

(MOLIÈRE.)

(b) Señores: siento mucho encontrar entre vosotros á mi enemigo que conozco ya bastante para temerlo; la desventaja está por mi parte, pero

lisonjeado con mi cumplimiento y de la manera con que lo hice, permaneció cerca de un cuarto de hora y salió dejándome continuar mi negocio con los diputados. Dije á éstos bajo el mismo tono, aunque de manera muy seria, que yo habia venido simplemente á representarles sus verdaderos intereses, sin el arte que mi enemigo no podia menos de haber empleado para atraerlos á su partido. Conseguí el punto, continué bajo el mismo pie con el Abate, de modo que por esta comunicación en lugares neutros, tuve frecuentes oportunidades para descubrir sus designios (a).

Acuérdate que sólo hay dos maneras de conducirse compatibles con el honor y habilidad de un caballero: ó una cortesía extremada ó una guerra abierta. Si un hombre te infiere una afrenta grosera y te insulta de propósito, vengate; pero si sólo te daña, la mejor venganza es mostrarle una extremada cortesía (b), aunque al mismo tiempo estorbes sus proyectos y le pagues

confío en vuestros propios intereses contra los talentos de mi enemigo, y si no he obtenido hoy la primera palabra, espero sin embargo, que me concederéis la última.

(a) El conde de Chesterfield fué un diplomático de los más hábiles; las negociaciones que le confió su corte las llevó á cabo con la mayor felicidad. La *Revista de ambos mundos* de París dice con tal motivo: Dans la diplomatie Lord Chesterfield a excellé, et n'est pas sans rapports avec le maître, M. de Talleyrand. Parfaitement grand seigneur comme ce dernier, il ne se pressait jamais, écoutait, attendait, méprisait les passions vives on tendres.... Au bas d'une des lettres de Chesterfield on trouve ce conseil donné á un diplomate, M. Dairrolles, son ami intime: « Pas de vivacité » *Temper!* C'est le mot de M. de Talleyrand á ses élèves: *Surtout pas de zèle!* Ces deux grands seigneurs, qui méprisaient tant les hommes (et les femmes un peu davantage), qui aimaient tant les succès, ont été peut-être, dans les temps modernes, les plus habiles alchimistes de la quintessence diplomatique. En fait de diplomatie Chesterfield n'a pas été dépassé.... Il prodiguait les petites grâces, la flatterie, la séduction, ce qu'il appelait le *gabunum* etc.

(b)
Si por desdicha, Fabio, ó contingencia,
Que á pocos perdonó aquesta dolencia,
Tuvieses enemigo declarado,
Guárdate de él, y ten mucho cuidado
De alabar sus acciones, aunque veas
Que otros las abominan por ser feás;
Pues su mayor castigo
Será verse alabar de su enemigo,
Y es opinión de sabios
Portarse dando gracias por agravios.
(CUBILLO DE ARAGÓN.)

Tr.

con usura. En esto no hay perfidia ni disimulación. El caso sería diferente si asegurases á este hombre que lo aprecias ó le hicieses ofertas amistosas, conducta que no sólo condeno, sino que detesto. Todos los actos corteses no son, por consentimiento universal, sino una conformidad con la costumbre, para el reposo y el bienestar de la sociedad, cuyos placeres no deben destruirse con los disgustos y celos particulares. Por lo que á mi toca, aunque no querría, por consideración de ninguna especie, ceder punto alguno á un competidor, tomaría á pechos mostrarle más cortesía que á ningún otro. Esta conducta no sólo pone infaliblemente de tu parte á todos los amigos de reir, que forman un partido considerable, sino que además agrada á los que tratas de ganar, hombres ó mujeres, que en tales circunstancias no dejarán de decir, que se ven obligados á confesar que le has manejado muy bien en todo el negocio. El mundo juzga por la apariencia y no por la realidad de las cosas; pocos son capaces de sondear la verdad y más pocos aún los inclinados á hacerlo. Un hombre que siempre trata de contar con la razón en las cosas pequeñas, puede permitirse á veces una poca de sinrazón en las grandes, y las gentes tendrán cierta inclinación, cierto deseo, de excusarle. Nueve entre diez personas toman la cortesía por buena fidele y las atenciones por buenos oficios. En las cortes siempre hay frialdad, aversiones, celos y odio. La cosecha es poca en comparación al número de los trabajadores; pero como estas pasiones brotan á menudo, mueren pronto, á menos que no se perpetúen por la manera con que han sido desahogadas, más que por el asunto que las hizo nacer. Las variaciones y las vicisitudes de las cortes cambian los amigos en enemigos y los enemigos en amigos; es pues necesario que trates de adquirir el raro y gran talento de odiar con cortesía, y de amar con prudencia; de no tener ninguna querrela irreconciliable; de no mostrar síntomas de cólera inútiles y ridiculos, y de cuidar que ningún amigo pueda serle peligroso en caso de rompimiento, por haberle hecho confianzas indiscretas y aventuradas.

Pocas son las gentes, sobre todo entre los jóvenes, que sepan cómo deben amar ni aborrecer; su amor es una debilidad ilimitada, fatal á la persona que aman, y su odio una violencia impetuosa y temeraria que siempre les es funesta. Diez y nueve entre veinte padres y todas las madres que te hubiesen amado la mitad de lo que yo, te habrían perdido; á la vez que mi objeto ha sido siempre hacerte sentir el peso de mi autoridad, con el fin

T. II.

6

de que conozcas algún día el exceso de mi ternura. Ahora espero y creo que mis consejos tendrán espontáneamente sobre ti el mismo peso que por precisión tuvo mi autoridad. Mi juicio tiene justamente treinta y ocho años más que el tuyo, y por consecuencia, creo que pensarás que puede valer más. Por lo que hace á las pasiones suaves, manejalas tú mismo; pero déjame á mi dirección de las otras. Tu ambición, tu representación y tu fortuna, estarán, á lo menos por algún tiempo, más á salvo bajo mis auspicios que á tu discreción. Á Dios (a).

(a) Noviembre. El autor á M. Dairrolles :

En este momento recibí vuestra carta del 47. Si no sois parcial en lo que me pertenece espero, por vuestra relación, que ese joven ha mejorado en su aire y sus maneras, de lo cual tenía indudablemente gran necesidad. Como veo que pronto esperáis en Bruselas al duque de Newcastle, quiero ponerlos al corriente del negocio de que os hablé en una de mis anteriores, para que si Su Señoría os dice algo sobre el particular, tratéis, como no lo dudo, de ayudarnos en lo posible.

Cuando vuestro amigo fué á Hannover, le di una carta para el duque de Newcastle, recomendándolo en general, á su favor y protección, y sólo insinué de paso algún destino en el extranjero *en temps et lieu*. El duque contestó mi carta de la manera más bondadosa, y me señaló el puesto de Venecia eventualmente y en caso que el secretario de relaciones exteriores, Lord Holderness, no se hallase comprometido. Volví á escribirle sin retardo agradeciéndole aquella oferta de su amistad, y manifestándole la infinita satisfacción que me procuraría ver al muchacho colocado tan ventajosamente al comenzar una profesión para la cual lo había yo destinado y educado. En este estado se halla el negocio, y no espero saber más hasta el regreso del duque de Newcastle á Inglaterra, en donde me figuro hablará el mismo sobre el particular á Lord Holderness. Si la cosa se logra, me procurará más placer, en mi actual situación, que ninguna otra, porque esto sería labrar de un golpe la fortuna del muchacho. Si no se logra, no dudo, por la muy amistosa manera con que ha obrado el duque de Newcastle, que con el tiempo pensará en algún otro destino para él, aunque ninguno sería ni la mitad tan bueno como el de Venecia. Por lo tanto, si se os hablare de este destino, haced cuanto podáis para que se le confiera. *Au reste*, no he hablado una sola palabra de ello á la parte interesada, y os ruego que tampoco lo hagáis, porque á su edad, una cosa de esta especie, simplemente mencionada, es vista como hecha, y él más particularmente la consideraría así, pues ya se alaba de la bondad con que lo trató el duque de Newcastle en Hannover. Si él no se divierte en Bruselas tanto como era de esperar de la reputación de esa ciudad, tendrá más tiempo para informarse de las muchas cosas que debe saber relativas á Flandes. Os vivo tan reconocido de vuestra intención de alojarlo en vuestra casa, como si en efecto lo estuviere en ella; pero seriamente vuelvo á insistir en que no sea vuestro huésped. Cuando venga á Londres tampoco lo

LONDRES, 4 de Octubre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Te considero actualmente en esa como en la corte de Augusto, donde, si has abrigado alguna vez el deseo de agradar, debes poner en obra los medios de conseguirlo. Me atrevo á decir que verás en ella lo que Horacio veía en Roma: de qué modo se defienden los imperios con las armas, se embellecen con las artes y se mejoran con las leyes. No sólo hallarás ahí un Horacio, sino también un Augusto. No tengo necesidad de nombrarte á Voltaire, *qui nihil molitur inepte* (a), como el mismo Horacio dijo de otro poeta. He leído últimamente todas las obras que ha publicado, aunque ya las había leído más de una vez. Su *Siglo de Luis XIV* me indujo á recorrer de nuevo sus otras producciones, y habiéndolas examinado con más atención que antes, no puedo menos de confesar que mi admiración ha cambiado en asombro; no hay género de escrito en que Voltaire no sobresalga. Tú eres un clásico tan severo, que dudo me permitas llamar á su *Enriada* un poema épico, porque carece de cierto número de deidades, diablos, encantadores y otros absurdos requeridos, según la opinión común, para formar la epopeya. Pero seas ó no de esta opinión, te declaro, aunque quizá con descrédito mío, que nunca he leído ningún poema épico con más placer. Ya soy viejo y quizá he perdido mucho de aquel fuego que antes me gustaba en los

alojaré en mi casa, aunque haya en ella habilitaciones extensas: la juventud y la animación nunca se entienden bien, bajo el mismo techo, con los años y la gravedad. No vayáis á pensar por esto que os considero como viejo; ¡Dios me libre! pero vos mismo convenceréis en que tendís algunos años más y sois más grave que un muchacho que apenas toca á los veintiano.

(a) No obstante estos elogios ilimitados, encontramos la siguiente censura que el autor hace de Voltaire en una carta dirigida á M. de Crébillon :

«... Voltaire m'a récité plusieurs tirades de son *Mahomet*; j'y ai trouvé de très beaux vers et quelques pensées plus brillantes que justes... Il n'est pas le premier auteur qu'une imagination vive ait élevé au-dessus de la raison et de la justice; mais ce que je ne lui pardonne pas, et ce qui n'est pas pardonnable, c'est tous les mouvements qu'il se donne pour la propagation d'une doctrine aussi pernicieuse à la société civile que contraire à la religion générale de tous les pays. Tr.

otros, aunque acompañado de humo; ahora necesito puro buen sentido, y no puedo perdonar mil versos absurdos por cinco que merezcan ser leídos.

Con tal disposición de alma, juzga si podré leer á Homero de un tirón. Admiro sus bellezas, pero hablándote la verdad, cuando él sueña yo duermo. Confieso que Virgilio es todo buen sentido, y por lo tanto, gusto más de él que de su modelo; pero á veces es lánguido, especialmente en sus cinco últimos libros, durante los cuales me veo obligado á tomar mucho rapé. Por otra parte, soy partidario de Turno contra el piadoso Eneas que, como muchos otros que se titulan piadosos, comete violencias ó injusticias enormes para ejecutar lo que impudemente llaman voluntad del cielo. ¿ Pero qué dirás cuando te declare francamente que no he tenido valor para leer de principio á fin á nuestro compatriota Milton? Confieso que contiene los pasajes más sublimes, y algunos prodigiosos rayos de luz; pero debes confesar, que este resplandor se ofusca muchas veces en tinieblas visibles (*darkness visible*) usando de su propia expresión. Además, no teniendo el honor de conocer á ninguno de los personajes de su poema, excepto al Hombre y á la Mujer, los caracteres y los discursos de una ó dos docenas de ángeles y de diablos, están tan fuera de mi alcance como de mi gusto. Guarda este secreto, porque si se supiese sería yo apedreado por los pedantes sin gusto y los robustos teólogos de Inglaterra.

Cuanto haya yo dicho contra estos tres poemas, puede aplicarse con mayor razón á la *Jerusalén* del Tasso; cierto es que su poesía despide rayos brillantes; pero son únicamente meteoros que deslumbran y desaparecen para dejar lugar á pensamientos falsos, conceptos pobres y acciones absurdas, como lo atestiguan el pez y el papagayo; extravagancias indignas de un poema heroico que habrían convenido mucho mejor á Ariosto que profesa la *coglioneria* (a).

(a) Los famosos poemas de que ha hablado el autor son así estimados por el mismo Voltaire en estos versos:

Plein de beautés et de défauts
Le vieil Homère á mon estime;
Il est, comme tous ses héros,
Babillard outré, mais sublime.

Virgile orne mieux la raison;
A plus d'art, autant d'harmonie;

Nunca he leído las *Lusidas* de Camoens sino traducidas en prosa; por consiguiente, puedo decir que no las he leído; pero la *Enriada* no encierra más de buen sentido desde el principio hasta el fin; está adornada de las más justas y brillantes reflexiones, de las descripciones más bellas, de las imágenes y de los sentimientos más nobles y sublimes sin que entre en cuenta la armonía de los versos, en que Voltaire es superior á todos los demás poetas franceses. Si insistes en una excepción en favor de Racine, yo persisto por mi parte en que á lo menos la iguala. ¿ Qué héroe interesó nunca más que Enrique IV, que, según las reglas de la poesía épica, emprende una grande y larga acción y triunfa al fin? ¿ Qué descripción ha excitado nunca más horror que la del deguello del día de San Bartolomé y después de la del hambre de París? ¿ Ha sido pintado el amor alguna vez con más verdad y *morbidez* que en el noveno libro? Virgilio mismo no lo hace mejor, á mi modo de ver, en su libro cuarto. En definitiva, con todo tu rigor clásico, si supones que San Luis es una divinidad, un diablo ó un encantador, y que aparece, no en sueños sino en persona, la *Enriada* será siempre un poema épico según las leyes más estrictas de la epopeya; pero delante de *mi tribunal equitativo*, la *Enriada* tal cual existe es un poema.

Podría extenderme más sobre todos los escritos de Voltaire si no temiese traspasar los límites de una carta, y entrar en los de una disertación, ¡ Qué preciosa es su historia del rey de Suecia! de esa bestia salvaje del norte, porque no puedo llamarle hombre. Sentiría yo que pasase á la posteridad como héroe, por respeto á aquellos que merecen tal nombre, como Julio César, Tito,

Mais il s'épouise avec Didon
Et rate à la fin Lavinie.

De faux brillants, trop de magie
Mettent le Tasse un cran plus bas,
Mais que ne tolère-t-on pas
Pour Armide et pour Herminie?

Milton, plus sublime qu'eux tous,
A des beautés moins agréables;
Il semble chanter pour les fous,
Pour les anges et pour les diables.

Après Milton, après le Tasse,
Parler de moi serait trop fort;
Et j'attendrai que je sois mort,
Pour apprendre quelle est ma place.

Trajano y el actual rey de Prusia, que cultivaron y fomentaron las artes y las ciencias, unieron á su valor personal los tiernos y sociables sentimientos de la humanidad, y tuvieron más placer en civilizar que en destruir á sus semejantes.

M. de Maupertuis, con quien espero te relacionarás, posee cualidades que rara vez se ven unidas; es filósofo, matemático y sin embargo civil y amable. Por lo que hace á Algarotti es un tierno vástago de Fontenelle.

Buenas noches, mi amado hijo; voy á acostarme justamente á la hora en que supongo que tú comienzas á vivir en Berlín (a).

(a) Octubre 30. El autor á M. Dairolles :

Estoy segurísimo de que os halláis más afectado que yo mismo por el accidente acontecido entre vos y el marqués de Botta, relativamente á nuestro amigo (c). Mi grande inquietud proviene de los resultados que posiblemente podáis temer respecto de esa corte tan formal; si no teméis esto, no hay daño ninguno. Os condujisteis en todo el negocio con toda la prudencia de un hombre, mucho menos irascible de lo que naturalmente sois, especialmente tratándose de vuestros amigos. Por lo que toca al muchacho, todos los que se encuentran en situación semejante, deben esperar á veces lances desagradables de esta especie, y yo me he aprovechado de este incidente en la carta que le escribo (d), para manifestarle cuán necesario le es contrabalancar esta desventaja con un mérito y unos conocimientos superiores. El me ha pedido que le permita ir otra vez á París, á lo cual he accedido gustosamente, visto que tiene allí entrada en las mejores compañías, y que Lord Albermarle lo emplea en la correspondencia más secreta. Este incidente aumenta más mis deseos de que se verifique la colocación que para él propuso el duque de Newcastle, lo cual, unido á su entrada en el parlamento próximo, pondrá un fin á todas estas discusiones.

(c) Parece que M. Stanhope, haviendo venido á Bruselas, y sido presentado al Príncipe Carlos de Lorena, representante del Emperador, fué hecha en consecuencia una violenta oposición por el ministro imperial, marqués de Botta. « El marqués, dice M. Dairolles, me atacó de un modo que yo no esperaba, sobre la irregularidad de mi conducta, presentando á su Alteza Real, hermano del Emperador, una persona del nacimiento de M. Stanhope; en virtud de la cual « lo había invitado á comer en su mesa en una ocasión de las más solemnes... Yo le contesté que no tréa por qué un caballero que había sido bien recibido por los reyes de Sicilia y de Polonia, que había sido presentado por Lord Albermarle al rey de Francia, y por el duque de Newcastle al rey de Inglaterra, no podía tener del mismo modo el honor de ser presentado al príncipe Carlos de Lorena. » (Carta á Lord Chesterfield, Octubre 29 de 1752). El resultado fué sin embargo, que por una parte el marqués de Botta accedió á guardar secreto sobre la materia y á no hacer ninguna oposición pública, y por la otra M. Dairolles decidió á M. Stanhope á salir inmediatamente de Bruselas.

(d) Esta carta, como muchas otras, no se ha encontrado.

Tr.

LONDRES, 41 de Noviembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Es máxima muy antigua y verdadera que los monarcas que gobiernan con más seguridad y absolutismo, son aquellos que reinan en el corazón de sus súbditos. Su popularidad es una custodia mejor que la de sus ejércitos, y la buena voluntad de sus vasallos un rehén de su obediencia más eficaz que sus temores. Esta regla es en proporción, aunque en diferente escala, exactamente aplicable á las personas privadas. El hombre que posee el grande arte de agradar y de ganar el afecto de aquellos que lo tratan, posee una fuerza que ninguna otra cosa puede darle; una fuerza que facilita y protege su elevación, y que en caso de accidente suaviza su caída. Pocas personas de sus años consideran suficientemente este gran punto de popularidad, y cuando envejecen y adquieren experiencia, hacen esfuerzos, pero en vano, para recobrar lo que perdieron por su descuido. Tres causas principales son las que se oponen á la adquisición de esta útil fuerza: el orgullo, la falta de atención, y la falsa vergüenza. No quiero ni es posible sospechar que tengas orgullo, porque sería hacer muy poco favor á tu entendimiento. No hay razón para que te consideres superior por naturaleza al saboyardo que asea tu cuarto ó al lacayo que te limpia los zapatos; pero debes regocijarte, y con razón, por la diferencia con que te ha protegido la fortuna. Goza de todas estas ventajas pero sin insultar á aquellos desgraciados que carecen de ellas, ni hacer, sin necesidad, cosa alguna que pueda recordarles su inferior situación. Por mi parte, estudio más mi conducta con los criados y otros que se llaman mis inferiores, que con mis iguales, por temor de que se sospeche en mí el bajo intento de hacer sentir la desigualdad que la fortuna me ha dispensado, tal vez sin merecimiento. Los jóvenes no se ocupan bastante de esto, antes bien se imaginan erróneamente que el tono brusco é imperativo es una señal de talento y de valor. La falta de atención se considera siempre, aunque á veces injustamente, como hija del orgullo y del menosprecio, y cuando se juzga así, no se perdona. Los jóvenes son muy reprehensibles en este artículo y ofenden en extremo. Dirigen únicamente su atención á sus amistades particulares ó á ciertos objetos brillantes y exaltados por categoría, hermosura ó saber; consi-

deran al resto de sus semejantes como indignos de sus cuidados y no usan con ellos las atenciones más comunes. Francamente te confieso que esta fué una de mis mayores faltas cuando tenía tu edad. Muy atento á complacer al corto círculo en que estaba como encantado, consideraba á todo el resto como gente vulgar é indigna de las atenciones comunes. Hacía yo la corte asiduamente y con bastante destreza á las personas más distinguidas, como ministros, sabios, bellezas, etc.; pero descuidaba á todos los demás, y por consiguiente, los ofendía. Este necio procedimiento me creó mil enemigos en ambos sexos; y aunque los creía muy insignificantes hallaron no obstante, medio para hacerme mucho daño cuando tenía más necesidad de recomendaciones (a). Se me tenía por vano y orgulloso cuando en realidad sólo era imprudente. Una cortesía general con las mujeres feas y los hombres medianos á quienes veía con desprecio, me habría procurado tantos amigos cuantos enemigos me atrajo la conducta contraria. Pude haber hecho todo esto sin el menor perjuicio á mis miras particulares sobre las personas que roban toda mi atención, y aun habría conseguido mis intentos con mayor facilidad. Convento en que es tarea algo desagradable la de pagar sin voluntad este tributo de atención á hombres estúpidos ó fastidiosos, ó á mujeres viejas y feas; mas este es el precio más bajo á que se compra la popularidad y el aplauso general (b), objetos dignos de comprarse aun cuando fuesen mucho más caros. Concluyo la materia con el siguiente consejo: procura ganar por medio de tus modales á los hombres ó mujeres que puedas necesitar; halaga á todo el mundo (c) hasta que no logres obtener buenas palabras

(a) Creer que un enemigo débil no puede perjudicar, es creer que una chispa no puede ocasionar un incendio.

(ANISTÓTELES.) Tr.

(b) Con agrado y con sombrero
Gana el aplauso del vulgo;
Sé bien querido que esto solo
Cuesta poco y vale mucho.

(FRAGOSO.)

(c) Con igualdad de semblante
Estimo, agasaja, aprecia
A todos, y nunca á nadie
Responde con asperza.

(FRAGOSO.) Tr.

cuando no las voluntades, ó al menos hasta asegurarte una neutralidad.

La vergüenza mal entendida ó el encogimiento no sólo es un obstáculo para formar amistades, sino también un motivo para crearse enemigos. Los jóvenes se avergüenzan de hacer las cosas mismas que ellos estiman rectas, y obran de distinto modo por temor á la risa pasajera de algún currutaco ó de alguna damisela elegante. Yo me he visto en este caso, y deseado muchas veces que Barrabás diese al traste con algún obscuro conocido por venir á hablarme cuando me hallaba con gentes que yo consideraba como de gran tono. Recibía yo sus cumplidos con frialdad y torpeza, y por consiguiente, de un modo ofensivo por temor de una burla momentánea, sin considerar, como debí hacerlo, que las mismas gentes que podían haberse burlado de mí al principio, me habrían después estimado más si me hubiese manejado de otro modo. Un ejemplo explicará mejor lo que quiero decir: supongamos que te pases en las Tullerías con algunos elegantes, y que inesperadamente te encuentras con tu antiguo conocido el jorobadito Grierson; ¿Qué harías en este caso? Voy á decirte, declarándote lo que yo mismo haría. Correría hacia él, lo abrazaría, le diría algunas cosas lisonjeras y volvería á reunirme con mis compañeros quienes me preguntarian inmediatamente: *¿De qué especie es ese titi que Vd. ha abrazado tan tiernamente? Buen rato hemos tenido con tan bonito agasajo, con otras muchas cuchufletas por este estilo. Yo contestaría sin avergonzarme en lo más mínimo, pero con tono placentero: no he de sacar á Vds. de la duda; es cierto amiguito mio que tiene su mérito, y que á fuerza de tratarlo hace olvidar su figura. ¿Qué me darán Vds. si se los presento? y entonces con una poca de más formalidad agregaría: á más de esto, jamás me hago el desconocido con mis antiguas amistades por su situación ó su figura; sería necesario no tener sentimientos de hombre para obrar de otra manera. Esto haría cesar la broma y les haría concebir mejor opinión de mí que la que antes tenían (a). Supongamos otro caso y figurémonos que algunas*

(a) Quelques coquins, de ces gens toujours prêts
A vous railler sur les torts de nature,
D'un bossu qui n'en pouvait mais,
Contrôlaient à l'envie la plaisante figure.
L'un d'eux surtout, se croyant fort plaisant,
Criait: « Messieurs, c'est Esope. — Oui vraiment, »

pulidas damas de gran tono entran de pronto en una habitación y te encuentran hablando cortésmente con la vieja Marquesa de Bellefonds. La broma en este caso versaría sobre la circunstancia de estar solos. ¡Y bien! ¡Con que por fin, logró Vd. decidir á la bella Marquesa! ¿Quedó ya arreglada la entrevista en la casita de campo? La cena, no hay duda, será exquisita. ¡Pero hombre de Dios, cómo no escrupuliza Vd. seducir á una persona tan joven y amable! (a). A esto yo respondería: *La entrevista no estaba completamente decidida; Vds. nos interrumpieron; pero con el tiempo, ¿qué sabemos? Burlense Vds. cuanto quieran de mis amores; sólo diré que mi respeto á las jóvenes es tan grande, que se extiende á las viejas por haberlo sido; además, las conexiones entre viejas y jóvenes no son raras.* Tal respuesta haría que la chanza tornase en mayor aprecio á tu persona por tu buen sentido y urbanidad. Prosigue constantemente, sin temor ni encogimiento, todo lo que tu razón te diga que es recto y todo lo que veas practicar por gentes de más experiencia que la tuya.

Quizá dirás que aun con todo esto no es posible agradar á todo el mundo; lo concedo, pero de aquí no se deduce que uno no deba hacer esfuerzos para agradar á cuantos sea posible; y aun iré más lejos, declarando que no es posible que ningún hombre deje de tener enemigos; mas una larga experiencia me permite sostener esta verdad: que aquel que tiene más amigos y menos enemigos, es el más fuerte, se elevará más alto con menos envidia, y si llega á caer, el golpe será más suave y al mismo tiempo se le mirará con mayor conmiseración. Este objeto es sin duda digno de tu solicitud. Haz esfuerzos para alcanzarlo siguiendo las reglas que te he dado. Agregaré otra observación y un ejemplo para apoyarla y después concluiré como dicen los párocos.

Son tan extraños é incomprensibles los cambios y las vicisitudes de los negocios humanos, que no hay criatura obscura, baja ó pobre, que no pueda llegar á ser tarde ó temprano, un amigo útil ó un enemigo molesto, al más rico de los hombres. El finado

Repart notre bossu, sans détourner la tête,
« Ésope, ainsi que moi, fit parler mainte bête. »

(M. M.) Tr.

(a) El mostrarse ebrio de amor
Por una vieja, aun en broma,
Es penitencia mayor
Que ir descalzo de aquí á Roma.

(BARRÓN DE LOS HERREROS.)

duque de Marlborough estudió el arte de agradar porque conocía su importancia, y logró poseerlo y disfrutar de sus ventajas más que cualquiera otro hombre. Ganaba cuantos corazones se proponía, y su ánimo fué ganar el de todo el mundo, porque sabía que todo el mundo es más ó menos digno de ser ganado. Aunque su poder, como general y ministro, le creó muchos enemigos políticos y de partido, no tuvo uno solo que le fuese personal; y los mismos sujetos que trabajaban para echarlo abajo y que quizá desearan que se le formase un proceso, le amaban al mismo tiempo, á pesar de que su carácter privado tenía la tacha de una sórdida avaricia, el más detestable de todos los vicios (a). Puso un particular esmero en servir y agradar á todo el mundo. La gracia y la dulzura de su semblante eran inimitables, suave su modo de hablar, garbosos y dignos todos sus movimientos, y prolija su atención á las cosas más triviales; no veía con indiferencia nada de lo que podía agradar á la persona más insignificante. Todo esto era arte en él; arte que le fué muy útil y de que supo gozar ampliamente, porque no ha habido hombre que haya tenido más orgullo, ambición y avaricia.

Aunque tienes más experiencia del mundo que la mayor parte de los jóvenes de tu edad, todavía es muy poca; yo deseo inocularle la mía y prevenir de este modo los peligros y los hoyuelos de la juventud y de la inexperiencia. Si recibes la materia benignamente y observas con exactitud mis prescripciones, lograrás alcanzar las futuras ventajas del tiempo, y las unirás á las inestimables que corresponden á tus pocos años. Á Dios (b).

(a) Un homme vient demander au fameux duc de Malborough sa protection pour lui procurer une place qu'il désirait fort: « Milord, dit-il, j'ai mille guinées á votre disposition si je l'obtiens, et je vous donne ma parole de n'en parler á personne. — Donne-m'en deux mille, lui répond Malborough, et va le dire á tout le monde. »

(Revisita Británica.) Tr.

(b) Octubre. El autor á M. Dairrolles:

..... El objeto que por ahora llama más particularmente mi atención está cerca de vos, y me alegro mucho de ello, porque de vuestra amistad espero me hagáis de él una relación confidencial y verdadera. Tenéis suficiente tiempo para analizarlo, y os ruego me manifestéis lo peor como lo mejor de vuestros descubrimientos. Cuando los males son incenables puede muy bien pertenecer á un amigo el ocultar los de otro; pero á la edad de nuestro amigo, cuando ningún defecto puede haberse arraigado tan profundamente que no pueda arrancarse, con tal que para ello se tomen todos los cuidados posibles, toca más bien á la